

seguridad de la Francia amenazada por las sorprendentes victorias del ejército prusiano. Ya lo hemos dicho, y ahora lo repetimos, fué el cañón de Sadowa, no la arrogante diplomacia americana, el que puso término á la intervención armada de la Francia.

De pasada haremos notar que en estas negociaciones para nada se hizo mención de la «Legión Extranjera,» la cual debía pasar al servicio de Maximiliano al retirarse los franceses; y que, si Napoleón ordenó cablegráficamente al Gral. Castelnau el reembarque de la «Legión,» fué probablemente por las mismas razones militares que apresuraron la retirada de sus tropas.

Si la evacuación hubiera tenido lugar en los términos convenidos por las cancillerías francesa y americana, retirándose el último destacamento en Noviembre de 67, podría decirse que la diplomacia de los Estados Unidos había puesto término—como causa determinante, no eficiente—á la intervención del ejército francés en nuestros asuntos; pero aun bajo ese supuesto y sin contar el medio año empleado en las negociaciones, el plazo de diez y ocho meses concedido por la Unión americana al Emperador de los franceses, si parece tan corto al señor Delegado Especial que le permite usar el calificativo de *pronto*, al término consentido por Mr. Seward; en cambio pareció muy largo al Gobierno Mejicano. Y á la Nación que sufría todas las consecuencias destructoras y *desolantes*—como dice el señor Delegado—de una amarga lucha, debe haberle parecido dilatado ¡muy dilatado! espantosamente dilatado!

1. A este respecto dice mi padre en su *Revista* de Julio de 66—«..... Nos inclinamos á creer que, el Gabinete de Washington, estimaría *muy largo* el plazo de diez y ocho meses, fijado para la salida del Cuerpo expedicionario.»

V.

Nuevos errores del Delegado Especial.

Dijimos al comenzar que habíamos encontrado en la carta del señor Delegado nuevos errores, y vamos á señalar los principales: La guerra contra el Imperio fué una lucha por las instituciones, no por la independencia, dice la carta. Nosotros estamos seguros de que detenida y meditada no sostendrá esa proposición el Sr. Mariscal puesto que explícitamente reconoce en el mismo párrafo de su carta: que el Imperio era la obra de la intervención. La retirada del Cuerpo expedicionario no era el agua lustral que borrara el pecado de origen. La intervención armada de la Francia y el Imperio sin el apoyo de las bayonetas francesas, forman dos períodos distintos de un solo atentado á nuestra independencia. Ese atentado no consistió en la simple invasión de nuestro suelo, sino en el objeto de la invasión; es decir, en atropellar la soberanía de la nación imponiéndole un gobernante por medio de la fuerza. Efectuada la evacuación, terminaba la lucha contra el ejército francés, pero continuaba contra su obra; y en tanto que ésta subsistiera, subsistía también el atentado contra nuestra independencia. ¿Qué, piensa S. S., el Sr. D. Ignacio Mariscal, que si Napoleón I hubiese retirado sus

tropas de España después de haber instalado á su hermano José en el Palacio Real de Madrid, habrían tenido los españoles que reconocer su autoridad, puesto que no podían luchar por su independencia, recobrada—según la teoría de la carta del señor Delegado—con la simple retirada de las tropas francesas; ni por sus instituciones, ya que bajo Fernando como bajo José eran monárquicas, católicas y hereditarias? ¿Cree S. S., el antiguo Secretario de nuestra Legación en Washington, que, si la Asamblea de Notables en vez de adoptar la forma monárquica y designar para el Archiduque Maximiliano el título de Emperador, hubiese conservado la forma republicana y designado para el Archiduque el título de Presidente *ad vitam*, habríamos tenido que reconocer su autoridad al retirarse los franceses, puesto que no había motivo ni para una lucha por la independencia—siempre, según su carta—ni para una lucha por las instituciones? ¿Juzga S. S., el actual Ministro de Relaciones Exteriores que, si el Mariscal Bazaine—lograda la abdicación de Maximiliano y cumpliendo al pie de la letra las instrucciones de Napoleón—hubiese restablecido la República Federal y colocado en la Presidencia al Jefe militar que consintiera en reconocer como buenos los empréstitos imperiales y el adeudo de los gastos de la expedición, juzga, repetimos, que en ese caso habríamos luchado por la personalidad de Juárez—como parece indicar *El Nacional*—y no por nuestra independencia? ¡De ninguna manera! el Imperio fué el atentado á nuestra independencia, la intervención armada de la Francia, el medio de ejecutarlo!

Réstanos considerar el otro error de la carta: Napoleón tomó por pretexto para retirar sus tropas, lo que él llamaba su consideración al pueblo americano; pues no era posible que se confesase vencido ó imposibilitado por las hordas de Juárez, como las llamaba—dice justamente la carta—«torpe y maliciosamente.»

No comprendemos cómo ha sufrido esta equivocación el

señor Delegado Especial. El pasaje referente á Méjico del discurso al Cuerpo Legislativo pronunciado por Napoleón el 22 de Enero de 66, decía textualmente: «En Méjico el Gobierno fundado por la voluntad del pueblo se consolida, los disidentes vencidos y dispersados carecen de jefes; las tropas nacionales han demostrado su valor y el país ha encontrado garantías de orden y seguridad que han desarrollado sus recursos y llevado su comercio con la Francia de 21 á 27 millones. Conforme á la esperanza expresada por mí el año pasado, nuestra expedición toca á su término. *Estoy en arreglos con el Emperador Maximiliano* para fijar la época del llamamiento de nuestras tropas, á fin de que su vuelta se efectúe *sin comprometer los intereses franceses* que habíamos ido á defender en aquel lejano país.» Comentando este párrafo M. Delord, agrega: «La vuelta del Cuerpo expedicionario era la *única verdad* contenida en este párrafo del discurso imperial.»¹

Hemos subrayado los diversos pretextos tomados por Napoleón para justificar en apariencia la retirada de sus tropas; no hay entre ellos ninguno que se refiera á su *consideración hacia el pueblo americano*. Además, Napoleón *no se confesaba vencido ni imposibilitado por las hordas de Juárez* sino que aseguraba falsamente que la obra de la intervención estaba consolidada.

Después del pasaje relativo á Méjico había, en el discurso imperial, otro referente á la Unión americana: «La emoción producida en los Estados Unidos por la presencia de nuestras tropas en territorio mexicano, se apacigua ante la franqueza de nuestras declaraciones.»

«El pueblo americano comprenderá que nuestra expedición, á la cual lo habíamos convidado, no era opuesta á sus intereses.»²

1 «Histoire du Second Empire,» tomo 4º pág. 504.

2 S. Niox, pág. 551.

Los párrafos anteriores eran una promesa de que no habría guerra con los Estados Unidos, hecha á la Francia alarmada por el giro de los acontecimientos; pero no un pretexto para la llamada de las tropas.

La absurda noción de la independencia de un pueblo contenida en la carta del señor Delegado Especial es de suma gravedad en un Secretario de Relaciones; y ella explica, por sí sola, muchas de las indebidas complacencias tenidas en la época actual hacia nuestra poderosa vecina del Norte.

VI.

La profecía de Barney cumplida por D. Ignacio Mariscal.

En 1867, D. Matías Romero nuestro Ministro en Washington, transmitía al Ministerio de Relaciones Exteriores copia de una carta confidencial de Mr. Barney, en la que se decía: «. . . . En su carta—la de Romero que contestaba—dice V. *con mucha razón* que el pueblo mexicano ha salido victorioso *sin auxilio extranjero*. Muchísimas de las personas de más valía de los Estados Unidos, reconocen *avergonzadas* la verdad de esto. Me ha causado gran placer ver que V. conoce en el pueblo de este país sus sinceras simpatías por los republicanos de México.»—Algunos editores interesados en la política del Secretario de Estado, *hablan de la ayuda dada por nuestro Gobierno á la causa de México* y de nuestra responsabilidad ante el mundo de su buen nombre y conducta. Esto es *vergonzoso en vista de los hechos*. Dentro de poco *se pretenderá* sin duda, que *nuestra diplomacia salvó la República de México*. Alguien quisiera poder decir á los diplomáticos europeos y déspotas, que *nuestra influencia salvó la vida á Maximiliano.*»

Ah! quién había de decir, cuando el Sr. Romero transcribía esos párrafos, que treinta y dos años más tarde, sería el mismo Secretario de su Legación quien, á nombre del gobernante de Méjico, en ocasión solemnísimá y en tierra americana, atribuyese á la diplomacia de los Estados Unidos la salvación de nuestra República!